

con la psicología de Santo Tomás.» El 10 del presente mes vino a comulgar a la capilla, con motivo de la fiesta de la Bordadita.

Se estaba preparando a sus exámenes de cuarto año de medicina, cuando el más imprevisto accidente le quitó repentinamente la vida. Imposible pintar el dolor de los padres y hermanos, la consternación de los catedráticos y condiscípulos. La familia ha perdido una preciada joya; el Colegio del Rosario, uno de sus hijos fieles; la patria una fundada esperanza. Dios se lo llevó, como dice el libro de la sabiduría, *ne malitia mutaret intellectum eius*.

El doctor Nicasio Anzola y los suyos saben hasta qué punto su dolor es el nuestro.

## UNA OBRA DE ARTE

Con la renovación de la capilla de Nuestra Señora del Rosario, queda cumplida la grande obra de reedificación de este histórico Colegio, emprendida en momentos luctuosos y llevada adelante con invencible constancia por el ilustre Rector Monseñor Rafael María Carrasquilla.

En esta vasta y delicada empresa se ha realizado, en la parte material, el lema que a su obra educadora ha puesto Monseñor Carrasquilla: *nova et vetera*. Porque el magnífico claustro presenta su mismo aspecto venerable, colonial, con su gran patio y su majestuosa arquería. Pero al propio tiempo la estrecha y oscura Aula Máxima, el sombrío refectorio, los salones y dormitorios de techo bajo, se han convertido en amplios e higiénicos locales llenos de luz y adecuados a las necesidades actuales de un Instituto tan importante como es el Colegio del Rosario.

Ejemplo de esta unión de lo antiguo y de lo nuevo hallamos en la escalera principal del claustro. Al subir sus gradas, podemos contemplar, en el muro, un gran cuadro antiguo de no escaso mérito, que representa la

coronación de la Virgen; y en el techo, una de las más bellas pinturas religiosas que han salido del pincel del insigne maestro Ricardo Acevedo Bernal.

No es ésta la primera obra con que ha enriquecido el Colegio del Rosario nuestro inspirado pintor. En el refectorio, ocupa puesto principal su cuadro de los discípulos de Emaús, concepción vigorosa, propia de un artista, en quien el sentimiento cristiano no es aspiración confusa o esfumado recuerdo, sino luz que ilumina la mente y energía que mueve la voluntad. En el ambiente crepuscular, que corresponde a la escena, una de las más poéticas de la narración evangélica, se destaca la imagen del Salvador, ideal, transfigurada por la muerte y la resurrección gloriosa; y al lado del Maestro, aparecen las figuras, puramente humanas, pero embellecidas por el reflejo de la gracia divina, de los dichosos Apóstoles, testigos de la milagrosa aparición. Las tintas de la pintura son tenues, apagadas, y el cuadro parece bañado en suave luz de misterio. Muy distinto es el lienzo de la Virgen: la escena no está pintada con tonos opacos, sino con los resplandecientes que anuncian la gloria. La Madre de Dios con el Divino Niño al lado, se divisa en las alturas celestes. Su rostro fino, delicado, ofrece un tipo de virginal belleza; pero sin nada teatral, sin nada que debilite la impresión religiosa que despierta la sagrada imagen. En plano inferior, pero siempre en la región celeste, se ve al Angélico doctor Santo Tomás, numen filosófico del Instituto. En la tierra, prosternado a los pies de la Virgen, a quien presenta el libro de las Constituciones del Colegio, está Fray Cristóbal de Torres, ostentando el blanco hábito de Santo Domingo y la capa magna de los Prelados de la Iglesia. La cara del Arzobispo reproduce los nobles rasgos del magnífico retrato de Figueroa, que es una de las joyas del arte colonial y rica presea

del Colegio del Rosario. En segundo término se divisa al célebre señor Masústegui.

El cuadro está muy bien concebido y noblemente ejecutado. Presenta un conjunto armonioso en la disposición de las figuras; en la gradación de los tonos luminosos; en la grata combinación de los matices. Una vez más se ha revelado Acevedo Bernal como un artista de alto vuelo, capaz de ejecutar cuadros de grande aliento. Sus figuras se distinguen por una suprema elegancia; y su colorido es cada vez más simpático y de más aristocrática distinción. El representa aquí (y lo decimos sin pretender establecer comparaciones), lo que en Venezuela han representado Michelena o Tito Salas, y como ellos, está llamado a eternizar su nombre en grandes obras de inspiración nacional; en lienzos y frescos que perpetúen los magnos hechos de nuestra Independencia. Reconozcamos sin reticencias el mérito de nuestros ingenios antes de que la muerte se los lleve y nuestros elogios sean reconocimiento tardío de su valor. Acevedo Bernal es enemigo del ruido: razón de más para que sus compatriotas le rindan homenaje. El que colocó altivamente a San Marcos en la cúpula de la Catedral; el que decoró el palacio presidencial con la serie de los primeros mandatarios de la República—verdadera galería de varones consulares, en que la majestad compite con la gallardía—; el pintor poeta de la *Mater Dolorosa* que es una verdadera *Pietà*, tan popular en artística reproducción europea; el que ha adornado el Colegio del Rosario con el gran cuadro que ha dado materia a estas líneas, tiene contraída con el arte patrio la obligación de hacer un supremo esfuerzo, vinculando su nombre a creaciones nacionales que sean para nuestra pintura lo que las odas de don José Joaquín Ortiz son para nuestra poesía heroica.